



FRANCISCO PIZARRO.

El Capitan Gonzalo Pizarro natural de la ciudad de Trujillo, tuvo tres hijos legítimos, Hernando, Juan y Gonzalo, y fuera de matrimonio á Francisco. Concuerdan la mayor parte de los historiadores, en que habiéndole arrojado su madre á la puerta de una iglesia recojido por alguna persona compasiva, tuvo una niñez muy abandonada, en términos que su ocupacion en la infancia fué guardar una piara de cerdos, la cual como se le desvandase un dia, temeroso de volver á casa, tomó el camino de Sevilla y en breve se embarcó para América. No le seguiremos los primeros años de su residencia en aquel pais, confundido entre la turba de aventureros, que la sed de oro y de conquista arrojaba á aquellas playas, solo diremos que en las diferentes expediciones en que se halló, en compañía de Ojeda, Nicuesa y Nuñez de Balboa, dió muestras de singular bravura, de energía de carácter y de mucho tino en las empresas que se le cometieron.

Cansado de la vida de subalterno y sintiendo en sí ideas de mando, se asoció para la conquista del Perú á Diego de Almagro y Fernando Luque, este último sacerdote acaudalado y establecido en Panamá. Encargóse Pizarro del mando de la expedicion, Almagro del cuidado de abastecerla y llevarla socorros, y Lu-

que quedó en Panamá de agente de la misma cerca del Gobernador Pedrarias. Despues de hechos los preparativos se dió á la vela con un navio y ciento doce hombres, resuelto á conquistar con esta pequeña hueste un poderoso y dilatado imperio. Despues de algunos reconocimientos sobre la costa, luchando siempre con las tempestades y huracanes, que tan de continuo se suceden en aquellos mares, tuvo que regresar á Panamá, considerando que para aquella empresa se necesitaban fuerzas mayores.

La negativa del Gobernador de la colonia, á que los tres compañeros reclutasen gente para una nueva expedicion, que proyectaban, obligó á estos á dirigirse al Emperador, encargándose Pizarro de pasar á España con ésta comision. La nobleza y dignidad de su porte y la maravillosa relacion de sus viajes interesaron de tal suerte á la córte de Carlos V, que este le concedió el mando de una expedicion y el gobierno de los paises que conquistase; á su compañero Almagro el derecho de sucederle en sus empleos si Pizarro le precediese al sepulcro, ademas de otras gracias y mercedes; y al sacerdote Luque el obispado de Tumber y patronato de los Indios.

De vuelta para la América pasó por su patria, y llevó en su compañía á sus cuatro hermanos Hernan-

do, Gonzalo, Juan y Francisco Alcántara, este último lo era de madre; pero á su llegada á Panamá estuvo para turbarse la buena armonía de los tres compañeros, especialmente por las desavenencias, que ocurrieron entre Pizarro y Almagro sobre la repartición de cargos, queriéndose el segundo de que habia sido engañado, puesto que Pizarro le habia prometido solicitar para él la gobernación de los países que se conquistasen, mas gracias á los oficios de Luque restablecióse la concordia, no sin quedar ocultas las chispas, que mas tarde causarían un opevo y mas terrible incendio, pues los hermanos del conquistador miraban ya de reojo á Almagro. Compuestas así las cosas activáronse los preparativos de la expedición, y con mucho trabajo pudieron aparejarse tres pequeños bajeles, con ciento ochenta hombres de desembarco y treinta y seis caballos. Desde luego hubiera querido Pizarro tomar tierra en Tumber, pero contrariado por los vientos, tuvo que hacerlo en la bahía de S. Mateo desde donde se dirigió costeano á dicho punto.

El estado del poderoso imperio del Perú era el mas á propósito para la conquista, cuando Pizarro desembarcó en sus costas. Dos hermanos Huascar y Atahualpa hijo del duodécimo de los Incas Huaina Capar, se disputaban el trono, y ambos enviaron mensajeros al General Español cuando se internaba, demandando Huascar su proteccion contra la tiranía de Atahualpa, y pidiendo este hacer una alianza, pero simulada, á inferir de los informes que se recibían, y la perplejidad que en él no notaba. Durante la marcha recibió algunos refuerzos la pequeña hueste de Pizarro, incorporándosele Fernando Soto con algunos infantes y ginetes, siendo muy interesante la adquisicion de estos últimos, por el gran papel que hacían en la conquista; con cuyos auxilios no temían los españoles atacar al Inca, que segun todas las relaciones, acampaba con treinta mil hombres junto al pueblo de Caxamalca; mas previsor Pizarro, queriendo tentar antes el camino de la paz, sin embargo de las intenciones hostiles de que sabia estaban animados los Indios, brindó con una entrevista al monarca Peruano y éste la aceptó, pero dejándola para el día siguiente.

Llegamos á uno de los puntos mas notables de la historia de esta conquista, en el cual los estrangeros han derramado toda la hiel, haciendo recaer su odiosidad sobre los españoles á quienes acusan de felonía; pero bien considerado el asunto y mirado con los ojos de una sana razon, parece no debiera mirarse con la seriedad que lo han hecho los que se han empeñado en oscurecer las glorias de los conquistadores del nuevo mundo. Figúrenos, que esta entrevista era no ardid de guerra de que se aprovechaban ambos adversarios, Pizarro midiendo con su vista perspicaz el número y fuerzas de los que habia de combatir y el Peruano con el fin encubierto de ahogar con la muchedumbre de su ejército aquel puñado de advenedizos, que se metían por las puertas de su imperio. De otra manera no se concibe por qué causa Atahualpa á la cabeza de treinta mil hombres venia á tratar de poder á poder con un jefe de doscientos aventureros, llegando al estremo de moverse hasta el campamento de este. El resultado de la entrevista fué

efecto de circunstancias especiales; pero volvamos á los sucesos.

Queriendo Pizarro estar prevenido para cualquier apuro, tomó sus disposiciones, haciendo que la caballería dividida en tres trozos de veinte caballos cada uno, se situase detrás de los paredones de la plaza de Caxamalca, al mismo tiempo que los infantes se colocaban en puntos á propósito para rechazar cualquier ataque. Á la tarde apareció el Inca conducido en una litera de oro macizo, forrada de plumas de papagayos, sentado inelmente en un cojín de lana finísima, guarnecido todo de piedras preciosas. Acompañábale un numeroso séquito de magnates y hasta trescientos de los principales le precedían quitando las pajas del camino. Llegado que hubo á donde le esperaban Pizarro y su gente, advirtiéndole que no se movían ni parecían los ginetes, dijo á los que le acompañaban: *Estos rendidos están*, y ellos le respondieron *Señor, sí*. Acercóse entonces al Rey Fr. Vicente Valverde, religioso dominico (que despues fué obispo de Panamá y del Cuzco) llevando en la mano una cruz de Palma y una suma de Silvestro y por medio de un intérprete llamado Filipillo, le dirigió un razonamiento acerca de los misterios y existencia de la Religion cristiana, hablándole tambien del Papa, del Rey Católico y tocando otras especies impropias del momento y de la persona á quien las dirigia, por serle ininteligibles, pues el intérprete casi ignoraba la lengua del Cuzco. Todo esto dió lugar á algunas contestaciones entre el Inca y el religioso, las cuales alarmaron á Indios y Españoles, aumentando como era consiguiente el deseo de venir á las manos, en términos que siguiendo el murmullo no se hizo esperar la ruptura. Dada la señal de acometer aparecieron los tres pequeños escuadrones, que tan formidables eran para los Indios, y unidos al estruendo de la mosquetería dispersaron prontamente aquella muchedumbre aturdida, que dejó á su Señor abandonado y en manos de sus enemigos. Entonces acercándose Pizarro á la litera hizo bajar á Atahualpa tratándole con los miramientos y atenciones debidas á su rango, y procurando que á escepcion de la libertad nada le faltase de cuando ocupaba el trono.

Con este golpe puede decirse, que sucumbió el imperio del Perú á esfuerzos de un puñado de aventureros, guiados por un genio atrevido. El botín recogido en esta jornada fué inmenso contándose de metales preciosos ochenta mil castellanos de oro y cincuenta y seis mil onzas de plata, y como si esto no bastase ofreció Atahualpa á Pizarro por su libertad, que le llenaría de oro hasta la altura de tres varas el aposento en que moraba, el cual tenia veinte y cinco pies de largo y diez y siete de ancho, ademas de las inmensas riquezas recogidas en los templos del Cuzco y Quito.

Desde esta época datan tambien las miserables intrigas efecto de las cuales el Inca fué ajusticiado, y las revueltas y guerras civiles que se sucedieron entre los Pizarros y Diego de Almagro, que tanto habia contribuido al buen logro de la expedición, revueltas que ademas de asolar y devastar aquel rico pais condujeron á Almagro al patíbulo y prepararon la conjuración que tramó Rada para asesinar al Gobernador Pizarro y poner en su lugar al hijo de su di-

funto competidor; pero no siendo nuestro intento ser historiadores de esta parte tan sangrienta de la historia del Perú solo diremos concierne a nuestro asunto, que sorprendido Pizarro en su palacio de Lima, por una turba de conjurados partalarios del jóven Almagro fué asesinado con su hermano Alcántara y varios domésticos el 24 de junio de 1544 á los sesenta y tres años de edad y ocho de la conquista.

Fué Francisco Pizarro, esforzado, sufrido, inclinado á las cosas de la guerra, de grande ánimo y elevados pensamientos; gustaba encubrir sus liberalidades como lo demuestra el hecho siguiente. Sabedor de que á un soldado se le había muerto el caballo y que no podia hacerse con otro por su miseria, bajó al juego de pelota donde pensó hallarle, llevando en el seno un rejuelo de oro de peso de diez libras, para entregárselo. Mas no hallándola concertóse un juego de pelota y jugó sin desdudarse el sayo, ni sacarle del seno por espacio de tres horas, hasta que vino el soldado y se lo entregó en secreto. En premio de sus servicios le dió Carlos V un hábito de Santiago creándole Marqués de los Charcas y Atavillos. No sabia leer ni escribir y así para el despacho de los negocios que tenia que firmar hacia dos señales y en medio colocaba su secretario el nombre de *Francisco Pizarro*. Habiendo carecido de educacion son disimulables entre las buenas prendas que tenia, algunos defectos que se notaban y su nombre puede figurar entre los grandes conquistadores.

FRANCISCO W. PLAZA.

SOCRATES.

Sócrates, uno de los mas grandes filósofos de la Grecia fué hijo de un escultor llamado *Sophronisco*; nació en Atenas el año 469 antes de J. C.: estudió bajo la dirección de *Anaxágoras* y *Archelao*. Peleó valerosamente en defensa de su patria distinguiéndose principalmente en la batalla de Polidea. Hubiera podido por su talento elevarse á las mas altas dignidades de la república, pero renunció á todas ellas para así mejor poderse entregar al estudio de la filosofía, es decir al conocimiento de los deberes del hombre. Este personaje ilustre á quien el oráculo de Delfos habia declarado el mas sábio de los mortales, debió toda su gloria á su virtud.

La moral mas pura era objeto de las lecciones públicas que, á sus numerosos discipulos entre los que se hallaban *Alcibiades*, *Xenophonte*, *Platon* y *Aristipo*, prodigaba en la plaza, en las calles, en los pórticos y hasta en los paseos de Atenas. Haciéndoles mil objeciones los conducia de refutación en refutación á conclusiones absurdas que les demostraban la impropiedad de los principios que combatía. Sócrates se mofaba de los dioses del paganismo y conocía con *Anaxágoras* su maestro y el de *Pericles* que no puede haber mas que un solo Dios autor y conservador del universo; su máxima favorita era la de que los hombres son hermanos y que deben amarse entre sí. Sin embargo ni sus principios ni sus virtudes pudieron escudarle del odio de sus enemigos, ridiculizado por unos y acusado de impiedad por otros comparó en el tribunal de Hehaste compuesto todo de gente del pueblo; la venganza prevaleció á la justicia y el sábio fué condenado; pero como la sentencia no declaraba el castigo que debia imponérselle, el reo podia escoger entre la prision ó la multa. Sócrates no quiso reconocerse culpable y manifestó la pena que elegia. Puesto que se quiere, dijo, que yo pronuncie la expiacion que merezco, declaro que habiendo consagrado mi vida á la patria y á la virtud, yo me condeno á ser alimentado el resto de mi vida á expensas de la república. Indignados los jueces de tanta arrogancia le condenaron á librar la cicuta perma-

neciendo treinta días en un calabozo antes de sufrir la sentencia. No quiso huir aunque tuvo ocasiones para ello, diciendo que deben siempre obedecerse las leyes del país. Despues de haber conversado largo rato con sus amigos sobre la inmortalidad del alma, bebió el veneno encargando á Craton poco tiempo antes de morir que sacrificase en su nombre un gallo á Esculapio (1) con lo que quiso significar que se hallaba curado puesto que se libertaba de todos los males de la vida. Esto fué 400 años antes de J. C. Bien pronto los atenienses conocieron su falta, proclamaron la inocencia de Sócrates y castigaron á sus acusadores.

Sócrates no ha dejado ningun escrito, durante su prision puso en verso las fabulas de Esopo.

A. A. R.

MOTRIL.

La ciudad de Motril, cabeza del partido de su nombre, se halla situada á los 14 grados, 57 minutos de longitud, y á los 36 grados, 22 minutos de latitud. Rodeada en toda su circunferencia de una cadena de montañas y sierras que dá principio á la parte del S. E. en el cabo Sacratif, conocido vulgarmente por la punta de Carchuna, le cubre al Norte la escarpada sierra de Lujar al N. O. y O. las sierras de Lujar y las Alpujarras que descendiendo hasta el mar por la parte del S. O. terminan en una pequeña punta que divide la Caleta de Sal, breña del Caletón del Turco, y las orillas del Mediterráneo, por la parte del S. en una estension de mas de dos leguas de playa rasa, que sin obstáculo alguno distan entre sí, las dos puntas á su entrada en el mar. Los vientos que reinan frecuentemente en esta ciudad son del O. E. y S. E. Los del N. y N. O. algunas veces suelen sentirse en el invierno, y son los dias en que se conoce algun frío. El invierno es bien corto; la primavera, el estío y el otoño son proporcionalmente iguales, sin que sus tránsitos sean sensibles, ni en el termómetro de Reaumur haya escedido en dia de mas rigoroso calor de 26 grados, siendo lo comun de 19 á 20; ni el de mayor frio ha bajado de 10 sobre cero, y generalmente de 14 á 15 en todos los casos á la atmosfera libre.

Por entre las montañas que rodean esta ciudad á la parte del N. O. desciende el rio Guadalfeo, que con sus aguas fertiliza una hermosa vega, y siguiendo su curso entra en el mar á la parte del S. O. de esta ciudad.

Esta vega que no bajará de 40.000 marjales de cultivo, es susceptible de todas las producciones de la tierra, porque su temperamento apacible aclimata con facilidad las plantas exóticas que se trasladan de cualquier otro país.

La poblacion de esta ciudad consta de 15000 almas, y puede aumentarse considerablemente en razon de que lo sean los medios de subsistir, protegiendo con leyes sábias y equitativas los preciosos frutos de que la naturaleza ha hecho depositaria esclusiva en el continente á esta pequeña parte de la costa meridional de Granada. El algodón Motril, cuya calidad ocupa el primer lugar despues del de Fernanbuco, se principió á cultivar en el año de 1796, y en el año de 1804 se arrendó ya el diezmo de este fruto en 360.000 rs. Sus primeras elaboraciones dan ocupacion á los brazos mas débiles del estado, poniendo en circulacion sumas considerables que refluyen en todos los habitantes de esta ciudad, y atraen á ella ininidad de familias de los pueblos limítrofes que aumentan estensamente su poblacion durante los cinco meses del año, desde octubre hasta febrero, que se invierte en la recoleccion de este fruto.

La naturaleza ha hecho, sin deber nada al arte, un cómodo puerto á dos leguas cortas de distancia de esta ciudad, á la parte del E., seguro de todos vientos y con fondo suficiente para toda clase de embarcaciones, pudiendo decirse en verdad que el puerto de Calahunda es el de la capital de Granada, por su inmediacion á ella y por ser el único que separadas Málaga y Almería ha quedado en su provincia.

(1) Los griegos acostumbaban matar un gallo á Esculapio cuando sanaban de algunas enfermedades.

DOCE ESPAÑOLES

DE BROCHA GORDA.

Cuentos por D. Antonio Flores.



Después de una larga suspensión, ha terminado la obra cuyo título vá á la cabeza de estas líneas. En una época en que con tanto esmero se dá entre nosotros carta de naturaleza á las novelas en que se describen usos de otros países, costumbres grave daño á nuestra literatura, no debe pasar desapercibida una publicación como la de que nos ocupamos, en la cual se ve á un lenguaje castizo y un estilo festivo y agradable, una pintura da-
queerrealismo de las co-
 stumbres contemporáneas y una colección de retratos físla, este copiado, de tipos dignos de ser conocidos; toda ella rodeado de los



atractivos de una acción dramática é interesante.

No es tan frecuente la aparición de producciones de este género, puramente españolas, que la prensa no esté en el deber de llamar la atención hacia ellas, para que el público pueda distinguir las en medio del estubion de traducciones y arreglos que le acosan en el teatro, le acoueten en forma de entregas ó tomos, é invaden las casas por debajo de las puertas pegadas á la parte inferior de los sobolientos artículos de fondo.

Anunciáronse los *Doce Españoles de Brocha Gordá* como una colección de tipos sueltos, que pudieran servir de complemento á la obra abigarrada que con el título de *Los Españoles pintados por sí mismos*, espua al público una numerosa galería de cuadros, retratos unos hechos por hábiles manos, borrones informes otros torpemente pintados, parodias muchas cuyos originales no existen en España. El Sr. Flores pareció querer reunir en un tomo los tipos olvidados en aquella larga colección, en la cual se dió á veces la preferencia á especialidades que no constituían de modo alguno clase; este pensamiento no le tuvimos por acertado, cuando era tanto lo que se acababa de

imprimir del mismo género y de las mismas formas siguiendo la moda francesa de las fisio-ogías, que generalizaron Huart, el alegre redactor de *El Charvari*, Kock, Monier y otros escritores que se distinguen en manejar la sátira con gracia y filosófico chiste. No sabemos si fué esa la idea del Sr. Flores, aunque el título y el plan primitivo indican claramente que sí; pero esto es que su obra, de una galería de retratos eterogéneos, pasó á ser un cuadro de composición forondo con todas las figuras que debían reproducir aquellos retratos, las cuales perdieron su fria actitud para contribuir al conjunto y efecto de la obra; los artículos sueltos se resumieron en una novela de costumbres y los tipos añadieron á su interés peculiar, el de tener carácter propio y prestarse al argumento en calidad de personajes.

Este cambio hacia contraer al autor, sobre la responsabilidad de escritor de costumbres, la de novelista, y prometía una obra de mas pretensiones. En cuanto á dibujar fieles y animados bosquejos de nuestras escenas populares, no era dudoso que el Sr. Flores saldría bien de su empeño, porque desde que un pintor de costumbres ha abandonado las letras por

otras ocupaciones mas positivas, es acaso el único que se ha dedicado con empeño á este género de estudios; faltaba saber hasta que punto sería feliz tratándose de añadir á los apuntes y contornos de un dibujo ligero los detalles y porciones, las medias tintas y el colorido de un cuadro formal, y de su acierto en esta empresa ha dado una prueba en su novela. Limitados á dimensiones muy estrechas no podemos entrar á examinarla con detenimiento, pero cuando menos no dejaremos de indicar que si bien los *Doce Españoles de Brocha Gordá* tienen notables defectos como novela porque repetimos que estamos persuadidos de que al escribir la primera línea el autor nos-
 pechó que principiaba una obra de este género, la cual por otra parte es preciso que se resienta de haber sido trazada entlazando en ella tipos tan diversos, que es como si



dijéramos con pies forzados, la fábula no ha dejado por eso de conservar un interés siempre creciente. Por lo demás en cuanto á la exactitud en las descripciones y la ligereza facilidad y agudeza del estilo, inútiles serían para el público nuestros elogios: el Sr. Flores no es un escritor novel y esta vez no ha estado en contradicción con sus anteriores trabajos.

La impresión es clara y correcta, el papel superior y las láminas que ilustran la obra tan esmeradas como el lector podrá conocer por las que por vía de muestra acompañan á estos renglones, de las cuales las dos que van en esta plana están como otras varias tiradas aparte. También hay ejemplares encuadernados en tela, sin alterar el precio de 30 rs. á que se vende la obra en las librerías de Mouër, Matute, Brun y Boix.

Ya que hemos tomado la pluma para dar á nues-



tras lecturas cuenta de una publicación reciente, no queremos dejarla sin hacer mención de otra cuya aparición está próxima: un *Diccionario filosófico del amor y los deseos* escrita por D. Teodoro Guerrero. Esta obra que hemos tenido ocasión de examinar, es de una agradable novedad en su forma y contiene un número considerable de pensamientos en extremo originales y llenos de chiste y agudeza, que reunidos en un pequeño y elegante librito, forman una colección cuya lectura es sumamente entretenida y variada. Para los lectores del SEMANARIO no es desconocido el estilo festivo y ligero del Sr. Guerrero: esto nos evita estendernos aquí en elogios de su trabajo que podrían parecer sospechosos ó cuando menos prematuros; pero nos creemos obligados en obsequio á la justicia á recomendar eficaz-



mante la adquisición del *Diccionario* que se ofrecerá á nuestros suscritores á domicilio por si gustan adquirirle al precio de 4 rs. en Madrid.

FENOMENOS PSICOLÓGICOS.

NOVELA.

II.

Desde el autor refiérese la vida y milagros de algunos de los principales personajes de esta verdadera historia.

Y nada mas necesario; porque el lector estará curioso de saber quienes son los individuos que hemos espuesto ante su ojos, y no menos deseará conocer algunos antecedentes que le hagan juzgar con acierto, ya en pró de este, ya en contra de aquel.

Verdaderamente es un sistema absurdo el de los novelistas—el de los historiadores queríamos decir—de esta época presente. En otro tiempo comenzaba el narrador explicando quien era su héroe ó su heroína, como se llamaba, cuantos años tenía, etc., etc. Ahora por el contrario, se principia con un diálogo, con una escena mas ó menos dramática, donde los personajes aparecen cual sombras chinescas, y entran, y salen, y se van, sin que el lector benévolo sepa á qué bueno hacen todo esto.

Por ejemplo, aun no hemos dicho siquiera cual es el título de esa Julia atrevida é intrépida, que tanto gustaba de los ejercicios varoniles, ni el de su afeminado amigo Fernando, ni el del brusco é impetuoso Enrique, ni explicado por último quienes eran la tímida y virginal Sofía, ni el misterioso jóven atropellado por la yegua de la Condesa.—Pero en cuanto á este sería preciso que fuésemos muy novicios en el arte, para no prolongar todo lo posible su interesante *incógnita*.

Julia se había casado muy niña, y recién salida del convento, con un anciano de sesenta y tres años, que poseía una fortuna inmensa y el Condado de Valleumbroso.—Seis años vivió al lado de su esposo, cual pudiera al lado de su padre, contentábase el ilustre viejo con mirarla bordar, con oírle leer, ó con verla dormir; y ella, inocente y pura como los ángeles, no sospechaba que fuesen mas allá los deberes, los derechos, ni los placeres de la vida conyugal.—Y ¿por qué dió el Conde su mano y su nombre á aquella tierna doncella? Por una causa muy noble, muy honrosa, muy laudable.—El padre de Julia, militar antiguo, había sido compañero de armas de Valleumbroso; este llegó á Mariscal de campo; aquel no pudo pasar de Coronel, porque á los cuarenta años quedó completamente inútil para el servicio. Amábanse los dos veteranos con un cariño casi fraternal, y el Conde, que solo tenía parientes colaterales, consideraba como propia la familia de su leal amigo. El coronel era pobre, y sin embargo habíase negado á aceptar siempre las dádivas generosas del General. En el orgullo indomable del uno se estrechaban continuamente las delicadas atenciones del otro; y el Conde suspiraba, viendo á su hermano carecer de lo mas preciso, cuando él gozaba de lo supérfluo.—Cierta mañana entró Valleumbroso en el aposento del Coronel, con aire mas solemne y mas grave que de costumbre.

—Cariño, le dijo con emoción y ternura, acabo de cumplir sesenta y tres años; soy soltero, soy rico, y estoy enfermo. No tengo una hija, una esposa, ni una hermana que me otorgue esos cuidados tan dulces como indispensables en la ancianidad. Tú eres mas feliz que yo, porque posees dos hijas; pues bien, antiguo mío, yo vengo á pedirte que divides conmigo tu dicha; yo vengo á pedirte la mitad de tu familia. Dame, pues, tu Julia, á quien yo serví de padrino en la pila bautismal.

El Coronel, aunque sorprendido de aquella extraña petición, advino desde luego el sublime objeto que la inspiraba, y estrechó la mano del Conde entre las suyas.

—Como el mundo es mas propenso al mal que al bien, prosiguió diciendo el anciano, y como acaso la maledicencia no perdonaría al pobre viejo ni á la niña inocente si un vínculo sagrado no los uniera, yo seré su esposo ante Dios para los hombres; su padre—nada mas que su padre para ella.—Ahora, dime primero si aceptas esta proposición; y en seguida pregúntale á Julia si la admite, porque ante todo quiero que no violentes en lo mas mínimo su voluntad.

La misma tarde fué el Coronel al convento donde su hija se educaba, y la preguntó meramente si viviría gustosa al lado de su padrino, Julia—que acababa de cumplir quince años—hincó de contento en cuanto supo que podía abandonar su oscuro retiro; y como desde la infancia se había acostumbrado á ver y á oír al Conde, no vaciló tampoco en dar su consentimiento para aquella union, tan ridicula á los ojos de la sociedad, tan mal juzgada y tan mal comprendida igualmente. Hizose el matrimonio sin ruido, sin pompa, sin fausto; siguió el General su método antiguo de vida, y en cuanto á Julia todo se redujo á trocar su modesta celda del convento, por la magnífica alcoba del palacio de su esposo.—No salía nunca sino con él; no iba á los bailes ni á los teatros; no recibía á nadie en su casa, y sin embargo, ¡era tan feliz! Bastábale á su infantil vanidad con oírse llamar *señora Condesa*; bastábale á su orgullo femenino con admirar las galas y las joyas que no se ponía nunca; y en fin, bastábale á su puro corazón con el afecto respetuoso, entrañable y sincero que profesaba á su marido. En su santa ignorancia de todo lo terrestre, nada echaba de menos, nada adivinaba, nada presentía.

Aquella felicidad duró seis años; al cabo de ellos, las dolencias del Conde encruceadas por un invierno rigoroso, le condujeron al sepulcro; nunca esposo alguno fué mas llorado; ninguno fué tampoco mas digno de serlo.—Heredó Julia todos los bienes de Valleumbroso, y en la flor de su juventud encontróse viuda sin haber sido casada; libre, y opulenta en el mundo; sola tambien en él, porque su padre no tardó en seguir á la tumba al Conde, cual si quisiera acompañarle en su reposo eterno.—Dejó el Coronel otra hija, llamada Sofía, á la que trajo inmediatamente á su lado la Condesa.

Los primeros meses de su viudez continuó haciendo la misma oscura y retirada vida que había hecho durante su matrimonio; despues los sentimientos tanto tiempo dormidos en el fondo de su alma, se despertaron un día con extraordinaria vehemencia.—Lanzóse Julia en pos de los placeres; quiso conocerlos, saborearlos todos, pero—apresuremonos á decirlo—no se mandó por eso la inmaculada pureza de la jóven viuda.—Contentóse con brillar por su hermosura, con deslumbrar por su lujo, con eclipsar por su talento y su gracia á las infinitas rivales que no tardó en tener!—Obróse un cambio radical en sus gustos, en sus aficiones, en sus ideas; tanto como era tímida antes, tornóse luego intrépida y temeraria; tanto como se placía en el retiro, gozó en el torbellino del mundo; y conociendo por instinto que era necesario armarse de un escudo en la lucha terrible que iba á comenzar para ella, colocó sobre su corazón la fría losa de la indiferencia; impuso silencio á sus pasiones; en una palabra, hizo frívola y coqueta.—Ay!... Del ángel solo quedó la forma; de la flor se perdió el perfume;—la inocencia que no sentía, conviértiose en el escepticismo que ignoraba!

Son así las almas virginales como esas plantas nacidas en algun clima helado, que al esponerlas á los ardientes rayos del sol, se agostan y se secan, causando la muerte aquello mismo que debió darles la vida. Y es que el tránsito de un extremo á otro, sin la graduación oportuna, las sensaciones fuertes y repentinas en lo físico como en lo moral, matan y destruyen, ó cuando menos, vician y trastornan.

Sofía era lo que su hermana había sido; ella juntaba la belleza al candor; la inocencia al instinto; el corazón mas noble y afectuoso al juicio mas sano y mas recto.—Algunas veces la Condesa en sus escasos instantes de reflexion, suspiraba mirando su imagen reflejada en el puro cristal de la de Sofía.

¿Merece el Barón de Monteblanco que le describamos seria y formalmente?—No; nuestros lectores le conocen bastante; es un ejemplar más de ese tipo mil veces reproducido del *dandy* y del *Lovelace*. Ninguna calidad le distingue; sus vicios y sus defectos únicamente le ponían en evidencia; si hubiera tenido virtudes habría pasado desapercibido; pero sus pérdidas en el juego, sus apuestas, sus aventuras amorosas, sus desafíos, y sobre todo sus caballos de pura raza inglesa, le daban una celebridad que infinitos envidiaban.

Si no temiéramos que la comparación fuera de mal gusto, ó que se juzgase ridícula, diríamos que el Duque de San Alberto era un diamante en su estado natural.—Francó hasta degenerar en grosero, altivo hasta parecer orgulloso, acusándole generalmente de feo, de insensible, de estúpido. Y sin embargo, profundizando un poco dentro de aquella corteza exterior, encontrábase un alma ardiente y generosa; un talento sólido y cultivado; una templeada de ideas y de principios que contrastaba singularmente con su manera brusca de expresarse; y en fin, una viveza de sentimientos que llegaba con frecuencia á la exaltación y al entusiasmo.

Hé aquí, pues, *daguerreotipados* los principales personajes de nuestra historia, mientras le llega su vez al que forma el número quinto, aunque quizás le pertenezca el primero.

III.

Empieza á saberse quien era el jóven misterioso, lo que quería, y á quien amaba.

Durante la larga curación del herido, ni Sofía ni Julia fiaron á nadie su cuidado; la primera especialmente no se apartaba de noche ni de día de su lecho; ella preparaba las medicinas y los vendajes; llevaba cuenta exacta de las horas en que se debía administrar las unas y renovar los otros; y en fin, también sostenía la noble cabeza del jóven cuando había que ejecutar alguna operación dolorosa.

Al principio deliró mucho el enfermo; despues le sobrevino una postración completa, producida por la debilidad. No hablaba nunca, pero fijaba á las veces sus negros ojos en las dos hermanas, y se sonreía dulcemente; ellas creían que les daba de aquel modo las gracias.

Una tarde se hallaba Sofía sentada junto á la cama del herido, y no había nadie más en el aposento, porque la enfermera descansaba para velar por la noche.—De pronto sacó á la hermosa niña de su enagenamiento una voz, cuyo timbre era singularmente expresivo y armonioso.

—Que bellas son! decía aquella voz triste y débilmente.—Dios mío! Que bellas son las dos!

Volvióse Sofía con viveza á mirar al desconocido: él era quien acababa de hablar.

—Ah! exclamó con una alegría que no supo esconder; ¿se siente V. mejor?

—Ojalá no, repuso aquel suspirando, porque la salud es la ausencia; y la ausencia es la muerte!

Pintóse un asombro tan natural en el rostro de Sofía, que el enfermo añadió sonriéndose:

—No vaya V. á creer que deliro todavía, ó que estoy loco; pero recobrando la salud, las pierdo á VV... acaso para siempre!

Hubo un instante de silencio; la niña confusa y ruborosa, sentía una emoción desconocida para ella. Al cabo se decidió á hablar.

—Ahora que se halla V. tranquilo, dijo, voy á hacerle una pregunta que le he dirigido varias veces sin éxito. ¿No tiene V. madre, parientes, ó amigos, cuya inquietud sea necesario calmar con un recado ó con una carta?

—Madre, parientes, amigos! repitió el jóven amargamente. Madre! La he perdido! Parientes... no los sino! Amigos... No los tengo!.. Estoy solo en el mundo! Solo! Solo!..

—Ah! Entonces que infeliz será V.! exclamó Sofía sin poder contenerse,

—Lo era antes; repuso el herido vivamente, pero ya no lo soy!

De nuevo volvió á ruborizarse Sofía, y de nuevo volvió á callar.

—¿Con que es V. huérfano? preguntó al fin con interés.

—Huérfano, señorita, y desde muy temprana edad.

—Como yo! dijo ella suspirando.

—La amargura que sentí al perder á mi madre, me hizo poeta á los doce años; desde entonces he cantado mis esperanzas risueñas, ó he llorado mis ilusiones perdidas. Hé aquí la existencia del hombre! Medalla horrible, por un lado seductora y brillante, coronada de rosas; por el otro, esqueleto informe, vestido de crespones y erizado de espinas!

—Pero ¿no tiene V. ningún amigo?

—Amigos! exclamó el enfermo, riéndose sardónicamente! Amigos! No los hay!..

—Por qué lo duda V?.. preguntó la jóven con un candor casi infantil.

—No dudaría, si V. quisiese ser mi amiga.

Este nombre de amiga disgustó sin saber por qué á Sofía. Y sin embargo, repuso dulcemente:

—Pues bien, lo será, lo será!..

Levantó el herido la cabeza, y puso sus labios fríos y secos sobre la mano blanca y torneada de la niña, diciéndola con solemnidad:

—Gracias!..

Aquella muestra de gratitud hizo estremecer á Sofía, á pesar de que nada expresaba.

—Y ella? preguntó el herido.

—Quién? dijo la linda enfermera sorprendida.

—Ella, ella! Julia!.. repitió el desconocido con impaciencia.

Ay! A ser Sofía menos inocente, menos cándida, aquellas palabras habrían sido una revelación completa; que cuando el corazón y la mente se hallan ocupados de un solo objeto, juzgan y suponen que basta pensar en él para que todos piensen también.

En el mismo instante, y antes de que el enfermo recibiese la respuesta anhelada, abrióse la puerta del aposento, y entró en él la Condesa acompañada del Duque. Al verla quedóse el poeta en un éxtasis dulcísimo, entornando los ojos para mirarla mejor, y entreabriendo sus pálidos labios una sonrisa inefable.

Y sin embargo, Julia venía risueña, indiferente, contenta.

—Hermana mía, exclamó Sofía con efusión, me ha hablado, me ha hablado!

—Ah!.. repuso la Condesa friamente ¿y qué te ha dicho?

Este rasgo de cada cual, pintaba elocuentemente á las dos; el interés en la una, la curiosidad en la otra; el amor trasluciendo en las palabras de Sofía; la indiferencia asomando en la frase vulgar de la Condesa.

Así, al mismo tiempo el herido y el Duque cruzaron una rápida mirada; la del primero se fijó triste y dolorosa en Julia; la del segundo fué á clavarse terrible é irritada en su hermana.

RAMON DE NAVARRETE.

CONDICION DE LAS MUJERES EN LA EPOCA DE LOS MOROS.

Comparando las distintas épocas en que las mugeres para romper sus cadenas se conjuraron, valiéndose de un momento favorable para conseguir su emancipación, se observará que se unieron para obtener un fin tan laudable, manifestando una energía, y una consecuencia que parecen ajenas de su carácter: no se halla empero que se hayan valido de medios atroces y violentos para llevar á cabo su empresa. Las ideas estravagantes y crueles que tanto perjuicio han causado á los hombres, siempre han sido obra de estos: jamás se han asociado con ellos las mugeres para sancionar los delitos que manchan las páginas de la historia: es verdad que ha producido

algunos monstruos el débil sexo, pero nunca ha obrado en corporación para sostener un sistema de atrocidades. El régimen del terrorismo en Francia fué obra de los hombres; y las mugeres solo fueron sus víctimas. Robespierre no tuvo ni amiga ni querida; y al brazo impávido de una muger debió la Francia la felicidad de verse libre del feroz Marat. Las asistencias que fueron víctimas de la religion establecida por Mahoma, y que previeron el peligro que las amenazaba, pudieron haber asesinado al Profeta, y á pesar de eso lo dejaron vivir. En tres épocas principalmente se manifestaron el ánimo y las virtudes del bello sexo: en primer lugar, para sostener la moral dulce y pura de Jesucristo; después para dictar el código honoroso de la caballería, y últimamente para favorecer en Europa la reproducción de la literatura; antes de esta última época, en la cual adquirieron en Italia una justa reputación, hicieron en España un papel demasiado brillante para que podamos pasarlo en silencio. El influjo que ejercían las mugeres entre los moros es uno de los rasgos mas notables de la historia del sexo: tal vez en ninguna época ejerció este su grato poderío como durante la conquista de Granada; entonces probaron las mugeres que podían reinar en nuestros corazones sin hacernos olvidar nuestros deberes, al paso que sabian inspirarnos el heroísmo en el seno mismo del placer. Después de la invasión de Europa por los bárbaros del norte, los moros que habian sido conquistados por los cartagineses, romanos y griegos, y en época posterior por los árabes, los cuales les transmitieron la religion mahometana, el islamismo y el amor á la gloria, se apoderaron de España en el califato de Valid; este soberano hizo que invadiese la península española su general Muza Bannasar, el cual ayudado por Tarif, venció al Rey Rodrigo en 712, y acabó en poco tiempo la conquista de España. Se ignora si los españoles transmitieron á los moros su galantería, ó si aquellos la recibieron de sus conquistadores: sea como fuere, la amable cortesía de los moros granadinos, y sus costumbres caballerescas, fueron muy célebres, y aun lo son en el día. Al mismo tiempo que un moro cortaba cabezas y las colgaba en telmo en el arzon de su silla, se ocupaba en escribir billetes apasionados á su querida, y prodigaba en obsequio de ella su vida y sus tesoros; y cubierto del polvo y de la sangre de las lides, daba festines en que brillaban el gusto y la magnificencia, la pompa y el amor; si las mugeres eran, segun las leyes, poco menos que esclavas entre los moros, eran no obstante consideradas como deidades por este pueblo déspota, á la vez galante y apasionado: puede citarse como ejemplo al rey Abderramen que se enamoró de una esclava llamada Etcheba fundando en su obsequio una ciudad á poca distancia de Córdoba, dándole el nombre de su amada y mandando que la estatua de esta se colocase sobre la puerta principal de esta ciudad consagrada al amor.

Un historiador árabe describe con las palabras siguientes las gracias y atractivos de las mugeres moras: «las moriscas, dice, son hermosas, pero esta belleza que sorprende á primera vista, recibe su principal encanto de su donaire y gentileza: su estatura es menor que mediana, y en ninguna parte del cuerpo se ven talles mas delicados, ni mas elegantes formas: sus cabellos negros y espesos les caen hasta los talones, sus dientes blancos como el alabastro, embellean sus labios de cereza, sobre los cuales juguetea continuamente la mas seductora sonrisa. El mucho uso que hacen de los perfumes mas exquisitos, dá á su tez una frescura y brillo de que carecen las demas musulmanas: su paso, sus bailes y todos sus movimientos tienen una graciosa molición y un desgaire voluptuoso que añaden aun á sus demas atractivos: su conversacion es viva y picante; y su talento fino y agudo, manifestándose siempre en palabras chislosas y llenas de gracia.» Puede juzgarse por este cuadro el poder irresistible que ejercian las moras; poder encantador que produjo aquella cortesana caballeresca, y aquella elegancia de costumbres que trae á nuestros pensamientos recuerdos tan deliciosos. Todo

parecia respirar en esta pais el deleite y el amor: los moros siempre en busca de sensaciones agradables, y amoldándose á su gusto domador, se reunian en hermosas alquerías, y pasaban los días y las noches en medio de juegos, músicas y danzas cuántos medios de seducción! cuántas ocasiones de agradecer al bello sexo! No será apeno de este lugar el hacer algunas observaciones acerca de nuestra España sujeta á su dominio, y cuyos habitantes formaban tres pueblos diferentes.

Los moros hacian muy poco caso del pudor: los orientales por lo comun son poco sensibles á la modestia; mas apasionados que amantes, mas celosos que delicados y déspotas en sus deseos, no saben aguardar ni ocultar los placeres que esperan procurarse. Los españoles, al contrario, introducian hasta en sus sentimientos amorosos, cierto aire romanesco, cierta grave ternura, que electrizaba á veces el ardor del clima; pero que su carácter sensible sabia incesantemente moderar.

El espíritu de independencia, y la antigua fiereza de los árabes se frustraba tambien en la nacion sometida para aquellos: resultaba de estos tres caracteres un conjunto de que supieron aprovecharse las mugeres, con su acostumbrada sutileza, para someter á las leyes y á la caballería á unos hombres, á quienes una mezcla de española ternura, de elegancia morisca y de fiereza árabe, constituyó en valientes caballeros y en leales amantes.

Me guardaria bien de entrar en pormenores al describir las costumbres moriscas; creeria insultar las cenizas del célebre Florian, si pretendiese dar en este bosquejo una idea mas perfecta de aquella nacion, que la que nos ha dejado esta escritor favorito de las musas; pero el retrato de la reina Isabel, que acometió y tomó en persona á la bella Granada, pertenece en cierto modo á este capítulo; y asi nos llamaremos la libertad de extractarlo de la bonita novela el Gonzalo de Córdoba: «Isabel, dice, era de pequeña estatura, sus cabellos algo mas que rubios, sus ojos negros y llenos de fuego y su tez un poco mas que baya, no le impedian tener un rostro agradable é imponente. Dotada de una constancia á toda prueba, sabia concebir una empresa, y sobre todo ejecutarla: tal era esta reina célebre por tantos motivos; esta reina á cuya generosidad se debe el descubrimiento del Nuevo Mundo, en el cual recojimos los españoles, á pesar de los Casas y otros detractores, lauros inmarcesibles.

El Rey Fernando acometió á Granada en abril de 1491, é Isabel se apoderó de ella el 2 de enero de 1492: nueve meses duró el sitio, y con él terminó el imperio de los moros en España, que habia subsistido por espacio de 780 años desde la conquista de Muza y de Tarif. Nada caracteriza mas en nuestra opinion los medios y recursos que poseen las mugeres para sus empresas, que la conducta que observó Isabel durante el sitio de Granada: esta muger precoz que conocia el carácter de los moros, calculó que era indispensable en este asedio unir la fuerza de las armas á toda la brillantez del lujo y á todos los encantos de la galantería para atraer la atención de aquel pueblo inconsecuente, con acciones heroicas, é incitarle á rendirse con el espectáculo de los torneos que deberían conducirse, y con un boato galante y helicoso inventado para encantarle; así es que por un contraste maravilloso sucedian las danzas á los asaltos, y á los convales los torneos: los moros, sin embargo, oponian una resistencia tenaz y vigorosa: en fin habiéndose prendido fuego una noche á las tiendas cristianas, Isabel siempre ingeniosa en cálculos políticos, mandó construir una ciudad (Santa-Fée) en el mismo sitio que ocupaba su campamento, para probar á las musulmanas las pocas esperanzas que deberían tener de que se levantase el sitio.

Solucion del Gerundio inserto en el N. 29.—Del árbol arrojado todos hacen leña.